

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO SEÑOR ERNESTO OTTONE FERNÁNDEZ

Don Agustín Squella Narducci
Académico de Número

Vinculado a esta Academia desde hace ya sus buenos 30 años, primero como Miembro Correspondiente y más tarde como Miembro de Número, una de las mayores satisfacciones de pertenecer a ella viene a producirse ahora, en 2016, cuando me corresponde recibir en esta casa a Ernesto Ottone Fernández, quien se incorpora como Miembro de Número para ocupar el sillón que dejó vacante el destacado educador y estimadísima persona, Marino Pizarro.

Con Ernesto Ottone nos conocemos cerca de 20 años, no muchos, a decir verdad, atendida la edad que ambos hemos acumulado, especialmente el que habla. Siempre he creído que resulta difícil hacer amistades, auténticas a amistades, después de los 50 años. Pero lo bueno de las reglas es que tienen excepciones

Nuestro primer encuentro ocurrió durante un Seminario organizado por la CEPAL, lugar de trabajo de Ernesto Ottone durante varios años. Promediando la década de los 90, CEPAL organizó un Seminario sobre derechos humanos y ese fue el motivo de nuestro primer encuentro. Congeniamos de inmediato, según recuerdo, y no solo porque compartimos una visión de esos derechos como una feliz creación humana que es parte del proceso de acumulación civilizatoria al que Ernesto se ha referido hoy en su discurso de incorporación. Congeniamos también porque descubrimos que ambos compartíamos pertenencia a la región de Valparaíso y la condición de hinchas del más antiguo, formidable y sufrido club del fútbol profesional chileno. Me refiero a Santiago Wanderers de Valparaíso, inscrito en la biografía de ambos como una señal de identidad y fuente tanto de alborozo como de un sufrimiento enteramente irracionales. A la gente que nos gusta el fútbol –sin ninguna duda el fenómeno más globalizado hoy en el planeta, después de la codicia, desde luego- debería pedírseles

cuenta de la pasión algo descontrolada que ponemos en ese juego hoy transformado en industria. Pero el fútbol, lo mismo que la política, es un afortunado sustituto de la guerra, no más que en ocasiones esta última se toma revancha en las tribunas, o en el campo mismo de juego, produciéndose una de esas grescas de proporciones que obligan a suspender los partidos y dan material periodístico durante semanas. Algo parecido sucede a veces con la política como otro sustituto pacífico de la guerra: de pronto un parlamentario se abalanza sobre otro o los ciudadanos que siguen en las tribunas del Congreso una sesión legislativa se van a las manos.

Si ustedes me permiten continuar con algunos recuerdos personales, la primera vez que Ernesto Ottone y su mujer, Eliana, estuvieron en casa a comer sucedió algo que no puedo evitar contarles. Esa noche estaban también el talentoso y entrañable escritor Carlos Cerda y su mujer, Mariana. En el momento en que ya instalados en la mesa nos disponíamos a tomar los cubiertos, Sylvia, mi mujer, hizo un ademán como para que nadie empezara a dar cuenta de la entrada y se dirigió a Carlos y a Ernesto, uno sentado a su izquierda y el otro a su derecha. “Antes de empezar –dijo ella-, ¿me pueden explicar cómo pudieron ser comunistas?” A mí se me atragantó el vino que me había llevado a la boca y temí entonces lo peor. Pero el buen humor de Ernesto y Carlos sortearon bien la inesperada pregunta. No es que la hayan contestado muy bien que digamos, pero lo hicieron con una envidiable mezcla de humor y tranquilidad, luego de lo cual la anfitriona dio la orden de que podíamos empezar a comer.

No fue menor en la vida de Ernesto esa militancia, relatada en dos de sus libros, “Después de la quimera”, en colaboración con su amigo Sergio Muñoz, y “El viaje rojo”, y si se quiere saber en qué dirección cambió él su pensamiento político y social, lo que hay que leer son otros de sus libros, especialmente “La osadía de la prudencia”, esta vez en colaboración con otro de sus amigos, Crisóstomo Pizarro, y “Debatiendo sin ira”, un texto de conversaciones con Jorge Navarrete Poblete. Ernesto Ottone tiene en prensa un nuevo título- “El segundo piso”, que relatará su experiencia como cabeza de uno de los grupos de asesores que tuvo

el Presidente Ricardo Lagos en el así llamado segundo piso de la casa de gobierno.

Si ustedes continúan permitiéndome este tipo de recuerdos solo por algunos momentos más, en los 6 años de ese gobierno nuestra amistad se afianzó hasta el punto de transformarnos en eso que ambos llamamos “amigos de la primera línea”. “Amistad”, como tantas, es una palabra algo desgastada por el uso más bien descuidado que hacemos de ella para aludir muchas veces a personas a las que conocemos vagamente y por las que sentimos algún aprecio.

Una de las mejores definiciones de amistad la dio el escritor norteamericano Richard Ford. Amigo –dijo- “ es alguien por quien se está dispuesto a equivocarse el camino” Con todo, y no obstante nuestra amistad, ni Ernesto ni yo, según creo, hemos equivocado el camino, o si lo hemos hecho no ha sido por culpa del otro, de manera que quedémonos mejor con esta otra apreciación de la amistad, del peruano Julio Ramón Ribeyro: “amigos son quienes guardan algo uno del otro y que al encontrarse lo recuperan. Algo que puede ser la jovialidad, el coraje, la fantasía”.

Tanto es así que cuando un amigo deja de estar con nosotros, lo que desaparece , según James Salter, “es una parte lejana de la costa que hemos perdido de vista para siempre”.

Ernesto tiene una trayectoria política militante, una trayectoria funcionaria en el ámbito internacional, una trayectoria como asesor presidencial y una trayectoria académica, esta última marcada no solo por sus estudios de pre y posgrado –los primeros en Chile y los segundos en París-, sino por la que ha sido su actividad principal de los últimos 10 años como docente de la Universidad de Chile y de la Universidad Diego Portales y como encargado en esta última de la Cátedra Globalización y Democracia, a la que han concurrido figuras del pensamiento mundial de gran relieve e influencia. Una de ellas, el filósofo español Fernando Savater, nos dejó dicha una frase que bien puede aplicarse al pensamiento del propio Ernesto Ottone: hacemos filosofía no para salir de dudas, sino para entrar en ellas. Hacemos filosofía no para resolver problemas, sino para salvar los problemas, para evitar que deje de vérselos como tales.

En cualquier caso, la dimensión académica del trabajo de Ernesto Ottone –utilicemos esa palabra y no la periodística y ya insufrible “arista”- es lo que predomina en el conjunto de sus actividades. Militante, funcionario internacional, asesor presidencial, digamos que en funciones como esas estuvo más bien en comisión de servicios. ¿Qué si no reuniones académicas –bueno, político-académicas- fueron aquellas que durante los 6 años del gobierno de Ricardo Lagos mantuvo el equipo de asesores que Ernesto encabezó en La Moneda con investigadores del Centro de Estudios Públicos? Un mes en la propia oficina de Ernesto Ottone, al siguiente en el comedor del CEP, y así, con acuerdos y desacuerdos, cómo debe ser, porque los desacuerdos, como los conflictos, no son patologías sociales sino fenómenos inseparables de la vida en común. Avergonzarse de los desacuerdos, como nos pasa habitualmente en Chile, es tanto como avergonzarse de la diversidad.

Si algunas actividades humanas resuelven problemas –por ejemplo, las ciencias y las aplicaciones técnicas que ellas tienen-, mientras otras los niegan, los inventan o los desfiguran –por ejemplo, la política-, la filosofía no hace lo uno ni lo otro. Y si bien a lo largo de su historia la filosofía ha dejado partir de su atiborrado domicilio muchos asuntos que han encontrado respuesta en sede de alguna de las ciencias que conocemos, siempre quedarán preguntas en la canasta de las preguntas filosóficas, preguntas tales como ¿cuál es el sentido de la existencia humana sobre la tierra? ¿Se trata de un sentido o de varios sentidos? ¿Tales sentidos se descubren o es preciso que cada cual los construya por y para sí mismo? ¿Debemos comportarnos unos con otros como hermanos? ¿Qué es el bien y qué debe hacerse para realizarlo? Si bien parcialmente vaciada por las ciencias de algunas de sus tradicionales preguntas, la filosofía tiene cuerda para rato, cuando menos como esa invitación que Isaiah Berlin hizo en nombre de ella para actuar a plena luz en vez de salvajemente en la oscuridad.

En su momento Secretario Ejecutivo Adjunto de CEPAL, Titular de la Cátedra América Latina en la Globalización en el Instituto de Estudios Globales de Francia, Consejero Académico del Club de Madrid, Ernesto Ottone es también columnista y panelista establece

en un programa de radio, lo cual muestra su carácter de intelectual público que interviene con su palabra y escritura en temas de interés general que suelen requerir decisiones normativas o políticas por parte de distintos órganos o poderes del Estado. Dicho lo cual, no puedo omitir su condición de Hijo Ilustre de Valparaíso, un galardón que le fue otorgado por su trayectoria nacional e internacional y por su aporte a la ciudad. Ottone, que nació en el porteñísimo cerro Playa de nuestro puerto, puede decir lo que otros no podemos: que es Hijo Ilustre de Valparaíso y no solo Ciudadano Ilustre, aunque tratándose de él bien caben ambas condiciones: la de hijo y la de ciudadano. Ernesto ha sido perfectamente fiel a lo que el poeta Gonzalo Rojas pedía a los porteños: “a Valparaíso no hay que amarlo, hay que merecerlo”.

Ernesto nos ha ofrecido hoy una espléndida disertación acerca de la tensión entre universalismo e identidades culturales, presentándola no como una disyuntiva entre cuyos términos tuviéramos que elegir, sino como lo ya dicho, saber, como una tensión con la cual es preciso vivir, sin sacrificar uno de esos términos en beneficio del otro. Somos, o deberíamos ser, tan cosmopolitas como locales, patriotas y universales, y descubrir las distintas maneras de ampliar nuestras lealtades locales, regionales, nacionales, continentales hasta alcanzar una lealtad más ampliamente planetaria. Una lealtad planetaria conducente no a la hegemonía de una determinada cultura sobre las restantes, sino a la mezcla de las culturas, a ese probable y feliz híbrido que ponga fin a las purezas, según escuchamos en el discurso de incorporación que acabamos de escuchar. Nos encontramos lejos de algo así, aunque es preciso confiar en lo que nuestro nuevo Académico llama “acumulación civilizatoria”. Confiar en dicho proceso, pero también sostenerlo, empujarlo incluso, manteniendo para ello viva la conversación de la humanidad, según la imagen que han propuesto algunos filósofos contemporáneos. Una conversación junto a la hoguera en la que el papel de intelectuales y filósofos no es dirigirla, sino participar como uno más en ella y traer cada tanto más leños a la hoguera, a fin de que el calor y la luz que despide el fuego mantengan juntos a quienes participan de la conversación, sin que se levanten y partan cada cual para su lado.

Es bella esa imagen. Bella y también sugerente. El momento verdaderamente trágico de la filosofía, como también de la política, se produce cada vez que el diálogo se interrumpe, un diálogo que no tiene por finalidad encontrar algo así como una verdad definitiva o un sentido único de las cosas, sino concordar respuestas circunstanciales, contingentes, a problemas que también son circunstanciales y contingentes. A quienes conversan junto a la hoguera los separan creencias, ideas, intereses, deseos, preferencias, lenguajes, tradiciones, expectativas, y el peor de los caminos consiste en pretender reducir esa diversidad a una sola creencia, a una sola idea, a un solo interés, a un solo deseo, a una sola preferencia, a un solo lenguaje, a una sola tradición, a una única expectativa. Los distintos fundamentalismos, y la agresividad que siempre los acompaña, son el camino que no tendría que ser intentado de nuevo por una humanidad de la que no puede esperarse que no incurra en nuevos errores, aunque sí que aprenda de sus viejas y graves equivocaciones. Todavía más: tendríamos que mostrar algo de ironía respecto de nuestras propias creencias y convicciones, y admitir, como hizo Richard Rorty, que bien pudimos ser formados en la tribu y en el lenguaje equivocados.

Con Ernesto solemos recordar una observación de Gianni Vattimo, el filósofo italiano que estuvo en Chile para participar en el programa de conferencias que se desarrolló en La Moneda durante el gobierno de Ricardo Lagos: no nos ponemos de acuerdo cuando encontramos la verdad, encontramos la verdad cuando nos ponemos de acuerdo.

Como nos hemos ido poniendo progresivamente de acuerdo, por ejemplo, en la declaración y protección de distintas clases o generaciones de derechos fundamentales: una primera generación de derechos personales que limitan el poder; una segunda, de derechos políticos, que permiten participar en el poder; y una tercera, la de los derechos sociales, que se constituyó como una exigencia que se dirige a cualquiera que ejerza el poder en orden a proveer bienes básicos para llevar una vida digna y desarrollar la propia personalidad, bienes tales como la atención sanitaria, la educación, el trabajo, la vivienda y el acceso a una previsión oportuna y justa. Esas sucesivas generaciones de derechos son una

muy buena prueba del proceso civilizatorio de que nos habló hoy Ernesto Ottone, más aún si se repara en que en un primer momento los derechos de las dos primeras generaciones fueron reconocidos no a todos los hombres y mujeres, sino únicamente a determinados estamentos de la sociedad.

En una dimensión ahora más específica, otros ejemplos de que acumulamos civilización de manera progresiva, gradual y a veces extremadamente lenta son estos: cuando las 13 colonias asentadas en América del Norte declararon su independencia de Inglaterra, en 1776, declararon solemne mente que todos los hombres son creados iguales y que esa constituía una verdad evidente. Sin embargo, quienes hicieron esa declaración tenían esclavos en sus haciendas, esclavos negros que sumaban más que todos los hombres blancos del naciente país. Solo 100 años más tarde el Presidente Lincoln consiguió hacer aprobar por el Congreso de su país la ley que abolió la esclavitud, y eso valiéndose de métodos de persuasión y de presión que ejerció sobre varios congresistas. Y otros 100 años después, Marthin Luther King caía abatido a tiros en Washington luego de una marcha en defensa de los derechos civiles de la población negra. No hace falta decir que desde hace 7 años estados Unidos tiene un Presidente de color.

Los revolucionarios franceses de los siglos XVII y XVIII escribieron a sangre y fuego el célebre tríptico revolucionario –libertad, igualdad, fraternidad-, pero no lo aplicaron a la colonia que tenían en las Antillas y que los proveía de esclavos. Haití tuvo que rebelarse a comienzos del siglo XIX para dejar de ser una colonia.

En fin, del trabajo hecho por esclavos se pasó al trabajo retribuido en especies, de este al trabajo remunerado con dinero, del salario fijado unilateralmente por el empleador al salario convenido con cada trabajador, del trabajo convenido individualmente con cada trabajador a uno fijado por negociación colectiva, del salario fijado de esa manera al sueldo mínimo, y ahora –según se propone- del sueldo mínimo al sueldo o al ingreso ético. Cada uno de sus pasos provocó en su momento la airada protesta de la mayoría de los empleadores y el pronóstico por parte de algunos economistas

acerca de graves problemas que sobrevendrían para la economía y el empleo.

Pienso que hemos sido afortunados al escuchar hoy en esta sala una exposición que pone esperanzas en un proceso civilizatorio que es posible de ser apreciado en largos períodos de la historia y que para continuar adelante necesita que seamos tan cosmopolitas como patriotas.

Bienvenido Ernesto a nuestra Academia. Bienvenido en el marco de sus miembros y en el de tus amigos hoy presentes en esta sala. No es necesario ponerse sentimentales para hacer nuestra la confesión de Norberto Bobbio, a quien tanto debemos ambos en la formación de nuestras ideas políticas. Me refiero a una declaración que el filósofo italiano hizo en los años postreros de su vida, a saber, que a medida que se envejece empiezan a importar más los afectos que los conceptos.

Si ninguna vejez puede escapar de la melancolía, de la sensación de lo inacabado, de lo imperfecto, de lo que no se hizo bien, la conciencia de esa melancolía que perturba el ánimo sin herirlo puede ser aliviada por el refugio que encontramos en el mundo de los afectos.